

## ¿QUE OFRECE NUESTRA SOCIEDAD A LOS JOVENES?

Javier MARTINEZ CORTES

Madrid

Desde hace algunos lustros, la juventud ha pasado a ocupar uno de los papeles de mayor protagonismo en la escena pública. La juventud "es noticia" (la expresión vehicula el impacto de los mass-media de la construcción de la realidad). En consecuencia, se la observa, se la vigila, se la envidia, se la admira y se la critica. Delincuencia, drogadicción, promiscuidad sexual, rebelión de las aulas, conflicto generacional: éstas son algunas de las rúbricas bajo las que se contabiliza el "debe" de la juventud actual. Frente a ello, y en su "haber", nunca la juventud ha estado tan de moda: las estrellas del rock, de la pantalla, del deporte, imponen el tiránico prestigio social de ser joven. Si en un tiempo, el joven intentaba aparecer como "mayor", eso está ya lejos —al menos en la Historia—. Hoy los adultos intentan mostrar su lado "joven"; e incluso los ancianos de una población notablemente envejecida (por el alargamiento de las expectativas de vida) son sugestivamente presentados por los medios audiovisuales como vigorosos seres de pelo blanco y tez tostada, con los sentidos alerta y el optimismo virgen. La juvenilización de nuestra cultura es ya un tópico. ¿Por qué?

En la actitud de los adultos hay una nostalgia cultural (de una cultura de la imagen): si la cultura es algo dinámico, no hay dinamismo como el de ser joven. Y si la lujosa belleza de líneas y la ostentosa pujanza física de los cuerpos jóvenes ya no es más que un recuerdo, conservemos al menos la apariencia el mayor tiempo que nos sea dado. Paradójicamente, el modelo de identificación social que los adultos tratan de ofrecer a los jóvenes en su proceso de socialización (es decir, en su esfuerzo de integración a la sociedad de los adultos) es... el permanecer siempre joven. Al menos como modelo parcial. De aquí se deriva una parte de los problemas que ofrece la "juventud". Porque hay que decir que ésta, como concepto social, es una invención relativamente reciente; contemporánea de la máquina de vapor, según Musgrove. Y del "Emilio" de Rousseau. La juventud sería buena, y la sociedad la pervierte. Pero si la sociedad es, de algún modo, perversa, el joven que es dinámico y aún no está pervertido, la cambiará ("la

juventud, esperanza del mañana"). He ahí uno de los mitos de origen, aplicado a la juventud. Goza pues, hoy, de un prestigio mítico.

Pero está igualmente la otra cara de la moneda: la juventud percibida como amenaza —la invasión vertical de los bárbaros, de que habló Ortega—. Y si no como amenaza, al menos como problema. Porque a partir de la Segunda Guerra Mundial, los jóvenes se hallan detrás de casi todos los problemas que preocupan a la opinión pública: el paro, que afecta especialmente a los jóvenes; el terrorismo y los movimientos revolucionarios protagonizados por jóvenes; la inseguridad ciudadana, en una gran parte relacionada con la drogadicción de los jóvenes; el pacifismo, el feminismo y el ecologismo, liderados y apoyados casi únicamente por el público juvenil; el fracaso escolar y la baja calidad de los alumnos universitarios —uno de los serios problemas sociales que se le presentan al futuro del país—... Situados así entre la mitificación en abstracto y las muy concretas calificaciones negativas, los temas que atañen a la juventud arrastran consigo una buena dosis de emocionalidad/idealización/culpabilización que no favorece en absoluto ningún intento de análisis sereno.

## PROBLEMA SOCIOLOGICO

Por ello, la primera propuesta que debería hacerse es la de convertir el "problema social de la juventud" en un problema sociológico, sin más (inicialmente). Es decir, en objeto de un examen desapasionado desde el punto de vista de los condicionamientos y conexiones sociales; entre los efectos —aceptables o criticables: "estos" jóvenes— y las causas (en el lato sentido sociológico de la palabra): "esta" sociedad. Porque los jóvenes, en su globalidad, (y sin que ello implique un prejuicio sobre el ejercicio de su libertad y sobre sus responsabilidades), son, inicialmente, un producto social. Un producto social muy distinto del que nosotros fuimos (somos). De ahí nuestra extrañeza. Pero ¿es que podía ser de otro modo?

Esta aproximación sociológica podría tomar como punto de partida nociones muy genéricas de la teoría de los sistemas. Todo sistema social para mantenerse tiende a conservar un cierto grado de equilibrio ("homeostasis"). A las perturbaciones de este equilibrio el propio sistema reacciona, "ajustándose" mediante una modificación de las relaciones entre sus elementos, hasta obtener un nuevo equilibrio (un orden diferente).

La sociedad española, considerada como un sistema, que a su vez engloba varios subsistemas (económico, político, cultural) ha atravesado, con práctica simultaneidad, modificaciones profundas de los subsistemas político y económico. Prescindimos ahora de la cuestión de cuáles hayan sido más determinantes. Lo cierto es que ambos son evidentes. Ha habido procesos de "ajuste" en ambos niveles, con resultados diferentes (euforia inicial, "desencanto", aburrimiento) en su repercusión sobre la conciencia colectiva. Al margen de tales estados

emocionales, la crisis de los subsistemas se podría entender como un tránsito hacia nuevas posiciones de equilibrio de todo el sistema social. Este nuevo equilibrio supone un nuevo "orden", que para perdurar precisa de nuevos modelos de socialización: es decir, de maneras distintas de incorporar a las nuevas generaciones al sistema social así modificado. Ello implica la construcción de identidades sociales diferentes, mediante la propuesta de diferentes modelos de identificación.

Si observamos la realidad concreta de nuestro país, los resultados de estos cambios en la socialización parecen distanciarse notablemente en el nivel político y en el económico. Correspondiendo, sin duda, al diferente acento puesto sobre ellos. Intencionadamente se ha dirigido el esfuerzo hacia la socialización política según el modelo democrático, considerándolo —y no sin razón— como uno de los problemas más urgentes. El resultado se puede calificar de satisfactorio para el nuevo orden político. Sobre un fondo de atonía y desinterés por lo político —lo cual, nótese, es funcional para el propio subsistema, al dotarlo de una cierta maleabilidad— las opciones fundamentales de los nuevos ciudadanos van en el sentido de la democracia.

Pero en el subsistema económico, la situación se ha planteado de otra manera: es decir, simplemente, no se ha planteado. Con una típica mentalidad liberal —incluida la del partido que en 1982 ganó las elecciones— se ha dejado al "libre" juego de las fuerzas económicas la difícil tarea de re-socializar a las nuevas generaciones en una sociedad de trabajo escaso.

Se produce así una contradicción en el seno de la sociedad que constituye ya un paradigma clásico en el análisis sociológico de la desviación social, dentro del esquema liberal-capitalista de Occidente: la sociedad, como tal, propone unas metas; las propone *para todos* (un falso modelo igualitario de socialización se superpone a las desigualdades reales); y es incapaz de que *todos* puedan tener a su alcance los medios —el trabajo remunerado— para obtener las metas inculcadas.

## LA CRISIS ECONOMICA

Es aquí donde parece inevitable la referencia a la crisis económica global de Occidente, que perturba los modelos keynesianos de pleno empleo (más o menos logrados) y exige reajustes del subsistema. Atonía tendencial de la tasa de acumulación del capital; progresivo agotamiento de los sectores productivos que posibilitaban el crecimiento económico de las décadas anteriores. Estas condiciones económicas determinan la aplicación urgente de las posibilidades tecnológicas ya disponibles (microelectrónica, informática, robótica) en los países ya industrializados de Occidente, trasladando las antiguas industrias —industrias "sucias"— a la periferia del mundo desarrollado, donde la mano de obra es más barata. Se inicia un proceso acelerado de nueva división del trabajo en el plano internacional.

El paro resultante, en el corazón de las propias sociedades industriales, como subproducto de este brusco proceso de reconversión sería ya estructural (las nuevas tecnologías eliminan un excedente de mano de obra no reabsorbible) y no meramente friccional (absorbible mediante trasvase de mano de obra de una industria a otra). Las actuales cifras del paro podrían ser aliviadas por medio de una adecuada política de re-qualificación de la mano de obra disponible y unas drásticas reformas del sistema educativo, que —al menos en España— debería estar mucho más estrechamente vinculado con las necesidades de la empresa. Pero se impone cada vez más la evidencia de que la situación de pleno empleo (por lo demás, nunca conseguido en la sociedad española) es ya una imagen del pasado. Porcentajes variables —y de momento, muy elevados— de la población activa de Occidente, especialmente adultos sin cualificar y jóvenes que no dispongan de una formación de élite, aunque exhiban títulos universitarios, no encontrarán trabajo. Ello incide sobre su futuro: no tendrán acceso a un cierto nivel de consumo, para el que por otra parte fueron obsesivamente socializados por los medios de comunicación. E incide también, lógicamente, sobre su identidad: la imagen que se forman de sí mismos viene condicionada por su identificación con el tipo de consumo que realizan ciertos estratos sociales. (En las sociedades de marketing el nivel y modo de consumo —cosas, servicios, cultura— funciona como generador de identidades sociales).

La crisis de trabajo remunerado, traduciéndose más temprano o más tarde en crisis de consumo, no limita sus efectos al campo de lo económico, sino que se convierte en crisis de identidades: en crisis cultural.

### UNA CRISIS CULTURAL

Los efectos de esta crisis parece resentirlos agudamente la sociedad española, que ha sido fundamentalmente, durante la etapa desarrollista de los años 60, una sociedad de clases medias. Y que tendió a elaborar, incluso en estratos obreros bien remunerados, su correspondiente cultura de clases medias: sustancialmente moderada —lo que facilitó la transición política—, laboriosa, atenta a mejorar el futuro de los hijos, creyente en las virtualidades de la educación como medio infalible para el ascenso en la escala social. Hoy esta sociedad se siente indefensa y agredida por las intemperancias de la juventud: la subcultura de la droga, la inseguridad ciudadana, el exhibicionismo de las "tribus urbanas" —peinados, vestidos, música—, el fracaso escolar. Menos notables, por menos espectaculares, pero igualmente extrañas, les resultan las utopías juveniles: el pacifismo, la objeción de conciencia, las feministas... ¿A dónde quieren ir a parar?

Tampoco falta, en la conciencia colectiva bienpensante, quien halla la solución cortando el nudo gordiano: el que no trabaja es porque no quiere. Pues, aunque sea muy verosímil que la famosa "ética del trabajo" nunca haya arraigado hondamente en la mentalidad española, sí parece en cambio que la vinculación del consumo con un trabajo productivo ha disciplinado a la población

laboral en épocas del pasado inmediato. Es decir, la identidad socialmente ofrecida y eficazmente inculcada fue la del consumidor/productor.

Nuestra hipótesis es que persiste la oferta del modelo de identificación social cuando las condiciones de su realización han variado sustancialmente. Es decir, todos queremos consumir, pero no trabaja el que quiere, sino el que puede. Se intensifica la orientación al consumo —con un marketing publicitario dirigido especialmente a los jóvenes como medio de construir su identidad, "sé tú mismo", "diferente de los demás", proliferación de marcas, etc.—; continúa la vinculación entre consumo y trabajo productivo remunerado —condición *sine qua non*, desde el punto de vista socialmente legitimado—; pero el crecimiento de la tasa de acumulación del capital ya no pide el pleno empleo, sino que al contrario, "exige" una disminución de los puestos de trabajo y una reducción de los costes salariales.

En consecuencia, el modelo "oficial" de identificación colectiva ya no puede funcionar. No sólo para los jóvenes, sino para todo un amplio grupo de parados de larga duración, quienes se van sumergiendo lentamente en el pantano gris de los que llamamos "marginados", con los correlativos efectos de desintegración psicológica. El tipo de sociedad propugnado lleva, entre sus profundas inercias, una propensión a estructurarse en clamorosas desigualdades; a no ser que una voluntad ético-política se afane en disminuirlas. Esto daría lugar a dos tipos de consideraciones, de las que vamos a prescindir aquí (nuestra propuesta inicial era mantenernos en el plano sociológico): una, la de si esta voluntad ético-política puede ser utilizada para legitimar en la práctica un modelo social radicalmente insolidario; otra, la de si tal voluntad ético-político existe hoy en nuestra sociedad.

En lo que respecta a los jóvenes, privados del gran elemento socializador —y disciplinante— que suponía la expectativa de un trabajo remunerado para la gran mayoría, luchan como pueden por "fabricarse" una identidad social con los elementos a su alcance. Música, vestidos, marcas, cortes de pelo, grupos urbanos, costumbres —entre ellas, para algunos, la droga—. En una sociedad del espectáculo, parece incluso obvio que ellos pretendan erigirse a sí mismos en espectáculo. Por otra parte, los costes de ese espectáculo pueden suponer una fuente de ingresos para ciertas industrias del consumo, con lo que hallan un notable apoyo infraestructural dentro de la misma sociedad en la que ellos se sienten huérfanos, o extraños. Se generan así complejos mecanismos de simbiosis entre grupos juveniles que se proclaman no integrados en la sociedad y la misma sociedad que les proporciona —les vende— los medios de proclamar su no integración. Nadie salta sobre su propia sombra. También puede suceder que ciertas empresas —empresas de seguridad: puertas, cerrojos— mejoren sustancialmente sus cifras de venta ante el auge de la inseguridad ciudadana, producto de la desviación juvenil.

Todo ello tiene su "lógica". Una lógica social, de la que es oportuno tomar conciencia. La impresión de pluralismo caótico e irrestricto que hoy pueden

producir los jóvenes, probablemente es engañosa. Las causas profundas de este pluralismo, no son tan plurales ellas mismas.

La escasez del factor socializador trabajo-remunerado condiciona, creemos que de una manera decisiva, las actitudes sociales de los jóvenes. Esta escasez no es igual para todos.

Correspondiendo a esta variedad en las expectativas de trabajo, tal vez fuera posible elaborar una tipología de las distintas subculturas juveniles. De momento faltan datos, interés por obtenerlos en estos aspectos cualitativos —a no ser en el mundo específico de lo que podríamos llamar subcultura de la drogadicción—.

Si quisiéramos reagrupar la dispersión juvenil en un esquema simplificador pero abarcable, podríamos establecer una gran división inicial entre los adaptados, los adaptables, y las subculturas del exilio.

La relación respectiva de estos tres grupos con su futuro mercado de trabajo es el factor genético de sus marcadas diferencias colectivas. Los adaptados no suponen ninguna novedad llamativa, a no ser por la acentuación de unos perfiles: competitividad, dedicación intensa al estudio, "profesionalidad" anticipada... Muestran en edades tempranas una ya implacable racionalidad instrumental. Sus conexiones familiares o su brillantez intelectual les reservan una plaza importante en lo que llamaríamos "estrato superior del trabajo central" (no periférico) en la futura sociedad. Visten correctamente, beben moderadamente, practican deporte u oyen música como alivio al stress de sus estudios. Suelen ser respetuosos con la religión. De momento, no caben idealismos en unas existencias tan apretadamente consagradas a un futuro competitivo. No sólo no son problemáticos, sino que representan —y ellos lo saben— la pervivencia de este tipo de sociedad.

El segundo grupo, los adaptables, hay que conectarlo con el estrato inferior (o subordinado) de lo que hemos llamado trabajo central (no periférico). Sus expectativas de trabajo apuntan hacia profesiones liberales en las que el exceso de oferta hace difícil el abrirse paso —como es el caso para múltiples licenciaturas de nuestro anacrónico sistema educativo—, o bien trabajadores cualificados, dotados de capacidades específicas, pero cuyas posibilidades de ascenso y movilidad social serán siempre limitadas. Este colectivo de jóvenes, de procedencia heterogénea pero al que homogeneiza su situación respecto al mercado laboral, mostrará en ocasiones su discordancia con la sociedad de modo público e incluso resonante (p. ej.: huelga de alumnos de Enseñanzas Medias). Lo cual provoca en los adultos un sentimiento complejo, de extrañada admiración. Pero, en su fondo, hay una aprobación sustancial: luchan por su integración social en condiciones de no excesiva inferioridad. El único detalle llamativo —e incluso "atractivo"— es su temprana toma de conciencia, sea ésta espontánea o inducida, de lo que pueden ser sus intereses de futuro. Responden a la pauta real del modelo de socialización con unos cuantos años de adelanto. El carácter previsorio de las clases medias halla aquí su confirmación: estos jóvenes, aún no

plenamente fuera de la adolescencia, actúan como adultos anticipados. ¿Puede pedirse mayor madurez?

Por tanto, no son causa de inquietud para una sociedad adulta y con tendencia al envejecimiento. Su protesta proviene de unos orígenes socialmente legitimados: es bueno que defiendan sus intereses, si tienen la perspicacia de verlos de antemano amenazados.

La inquietud social y la alarmada extrañeza surgen con lo que hemos llamado subculturas juveniles del exilio. ¿Exilio de dónde? Del elemento que representa el factor social más determinante en nuestra sociedad: el trabajo productivo remunerado. En el caso de los jóvenes, de su expectativa razonable, en un futuro próximo y continuado. Este segmento juvenil es el conectado con un mercado no-central: periférico, escaso y sometido a todos los altibajos de la coyuntura. Puede ser un trabajo temporal, "sumergido" —es decir sustraído a la regulación laboral—, deficientemente pagado o simplemente inexistente. Todas estas posibilidades matizan las actitudes juveniles.

Privados de la disciplina social que una expectativa de trabajo remunerado supone —y devaluado por tanto el tiempo de preparación para el mismo, es decir, la educación—, estos sectores de jóvenes quedan no sólo desconectados de los medios habituales de integración social, sino confrontados con la necesidad de "inventarse" una identidad social al margen de un trabajo profesional inexistente. La identidad es una necesidad individual, pero se consigue a través de procesos colectivos. Surgen así las "tribus urbanas", para estupefacción del ciudadano común. Los grupos juveniles negocian su identidad —se trata de un verdadero proceso de negociación con el resto de la sociedad— mediante los elementos a su alcance. Utilizan vinculaciones de todo tipo: de barrio, musicales, delictivas, de pandilla, eclesiales, de marginalidad ostentosa proclamada por un vestuario "agresivo", etc. según indicamos anteriormente.

Su pluralidad variopinta tal vez pudiera subsumirse, según la actitud que observan ante la sociedad global, en "subculturas de marginación" (socialmente no conflictivas), "subculturas de defensa" (socialmente agresivas, al no renunciar al consumo y no disponer de las vías legitimadas para acceder al mismo, o buscar consumos sustitutorios y costosos, como la droga) y "subculturas utópicas" (que no renuncian a una cierta participación en la vida pública y buscan vías alternativas: pacifistas, objetores de conciencia, y en general los nuevos movimientos sociales, que suelen estar integrados por jóvenes).

Creemos que se trata de auténticas subculturas, ya que producen espacios existenciales diferentes, con valores diferentes y trayectorias vitales opuestas.

## RASGOS COMUNES

Sin embargo, todas ellas participan de elementos comunes que se pueden considerar rasgos generacionales (por ello hablamos de subculturas y no de culturas diferentes). Mencionamos brevemente algunos que nos parecen significativos.

a) En primer lugar, quizá su caracterización más evidente sea la de una socialización realizada desde el consumo. A diferencia de las generaciones anteriores, en las que el consumo era, mayoritariamente, una aspiración: así fueron disciplinados en el trabajo productivo. Para las actuales generaciones, mayoritariamente —todavía— el consumo es un dato inicial, absorbido desde la más temprana edad sin conciencia —e incluso con desconexión— de los medios socialmente legitimados que a él conducen. Uno de los elementos más importantes en la negociación de la identidad del joven será la postura que adopte en este tema.

b) Otro rasgo relevante: la conciencia general de la vida como espectáculo, inducida por la preeminencia de los medios de comunicación social en la existencia contemporánea. Ello explica otros rasgos (juveniles y de adultos) de nuestra actual cultura: la atención preferente por el cuerpo y la imagen —también la del varón—, donde se muestra la "personalidad". El cuidado (perfumes, corte de pelo), o el estudiado descuido. La exhibición de la propia marginalidad mediante la vestimenta provocadora: se negocia la propia identidad con la falta colectiva de identidad, hecha espectáculo. El triunfo masivo del rock duro, que escenifica las duras discordancias de la vida misma. La exacerbación del presente, no sólo porque el futuro amenaza —cosa cierta para muchos— sino porque el presente es el tiempo en el que se vive el espectáculo. Es decir, en que se vive, simplemente. Se trata, si se permite la alusión filosófica, del "mundo como representación"; mucho menos del mundo como voluntad, a no ser una voluntad privatista, atenta en general a las discontinuidades del propio yo. La vida, incluidas las propias actitudes, queda de algún modo banalizada. Lo que puede contrastar con la solemnidad de anteriores generaciones.

c) Pero además, nuestra cultura eleva a espectáculo el hecho mismo de ser joven. En medio de la crisis de identidad, surge una aguda autoconciencia juvenil. Absolutamente lógica, puesto que la sociedad adulta —que no parece disponer de muchos modelos de identificación para los jóvenes—, erige el "continuar siendo joven" como modelo propio. Es ya un tópico el de la juvenilización de nuestra cultura. Incluso la imagen del anciano que suministra la publicidad es la de un ser vigoroso y tostado —"aún" joven— con la mente despierta para las últimas ventajas del consumo.

La muerte, y sus imágenes próximas —la enfermedad, la vejez desvalida abundante en nuestra sociedad— constituyen el tabú de nuestra época, como el sexo lo fue en la era victoriana. Y aunque la información de cada día pueda resumir violencia y destrucción, esta muerte aparece siempre como un hecho

extrínseco, de otros; destinado a borrarse bajo el aluvión de la información subsiguiente. Esta incapacidad simbólica para tratar con ella, y de ella, puede generar —sospechamos— dosis adicionales de violencia despersonalizada y no ideológica en nuestras despolitizadas sociedades occidentales, pese a la sonora proclamación de los derechos humanos (inseguridad ciudadana). Y también estaría en la raíz de la juvenilización de nuestra cultura: al carecer de sentido la muerte, la vida no es ya un ciclo que pueda cerrarse armoniosamente, sino una serie de segmentos en los que el modelo privilegiado sería el de la juventud, como plenitud de una imagen.

d) Semejante privilegio simbólico otorgado a la juventud lleva como anejo la incapacidad de aprender del pasado. La velocidad del desarrollo tecnológico, el ascenso del nivel de información de las nuevas generaciones, lo justifica y lo racionaliza. Pero la radicalidad de la vivencia juvenil de "pasar del pasado" es posible que tenga más que ver con su simbolización del presente como único tiempo válido. Se rompe así el hilo de la memoria histórica, y toda tradición sufre una devaluación sistemática —lo que repercute sobre la construcción de las identidades juveniles—. Y sobre la sensación de inquietud de los adultos ante la emergencia de los "nuevos bárbaros". Estos viven en una "cultura de la simultaneidad", estructuralmente apoyada en el desarrollo de las nuevas tecnologías (informática) con su ambigüedad correspondiente. Permiten una visión prácticamente global y simultánea de lo que ocurre en el planeta; reducen el ejercicio de la memoria a una instantánea consulta de datos; pero en el proceso, la memoria no sólo es aligerada de datos sino de tradiciones transmitidas como vivencias. Frente a lo que pudiéramos llamar una "mentalidad genética" de sus mayores, los jóvenes son impulsados por una mentalidad "analítico-contemplativa". Contemplativa del puro presente.

e) Este presente aparece cargado de demasiados rasgos negativos como para ser idealizado. Por lo tanto, los jóvenes se guardarán de mitificarlo. Pero tampoco puede ser devaluado, puesto que es "su tiempo". Aparece, en consecuencia, el acusado pragmatismo de las nuevas generaciones, que los hace escépticos ante las grandes palabras y las solemnes apelaciones. En este sentido, no serían susceptibles de fáciles manipulaciones políticas (o religiosas, en su mayoría). Una desconfianza colectiva los aleja de las asociaciones formales de cualquier tipo. —Al menos de las tradicionales—. Sin embargo, en una sociedad de insolidaridades crecientes, su nostalgia de pertenencia se expresa en múltiples grupos informales. E incluso en casos de mayor soledad e insatisfacción, en la entrega a grupos religiosos de carácter cerrado, y hasta totalitario. La ansiedad por la pertenencia prima en estos casos sobre cualquier pragmatismo. Lo que se perfila en el trasfondo general de sus actitudes a este respecto es una preferencia de lo comunitario frente a lo asociativo.

f) Genéricamente, no son fáciles a la manipulación, hemos dicho. No obstante, tal vez hubiera que hacer una excepción; y precisamente en lo que se considera la "zona privilegiada" de las generaciones jóvenes: su tiempo libre.

La escasez del trabajo, que es el elemento definitorio de nuestra situación presente, genera en la cultura una exacerbación de la competitividad, la legitimación del darwinismo social, el stress en la vivencia del tiempo —del que hay que obtener la máxima rentabilidad—. Pues bien, los jóvenes en cuanto aún no incorporados a un puesto de trabajo, aparecerían en este contexto como los privilegiados poseedores de un tiempo libre. Y esta idea se compagina armoniosamente con la de la autonomía de lo privado —tan cara a los jóvenes— como lugar de la propia realización.

Sin embargo, crece la impresión de que es en este terreno donde los jóvenes son manipulados. En primer lugar, para los que en condiciones de irregularidad laboral encontraron un puesto en la economía sumergida, la idea del tiempo libre puede ser perfectamente irrisoria. Lo mismo se puede decir de aquellos que, situados en el extremo opuesto, compiten con ferocidad o se preparan sin interrupción para un futuro "importante".

Y para la inmensa mayoría de los que realmente "hacen cola" a la espera del puesto de trabajo, las industrias del ocio han elaborado minuciosos códigos —aunque implícitos— con el objetivo de colonizar ese tiempo supuestamente libre. Alguien ha hablado de un "cumplimiento dominical discotequero". Baudrillard hace notar (y esto sería también aplicable a los adultos) que el tiempo libre tiende a someterse a las mismas constricciones que el tiempo de trabajo: maximización del producto —en este caso del placer obtenido—; aprovechamiento —es un bien escaso—; intensidad (de la ocupación placentera). Parece legítima la sospecha de que el tiempo libre de los jóvenes no sea un hueco social adecuado para el desarrollo de la propia autonomía, ni el "nicho ecológico" de su identidad.

## CONCLUSION

Hemos pasado revista a las contradicciones internas de nuestra sociedad, puestas de relieve con especial agudeza en la última crisis económica. Y hemos apuntado algunas de sus repercusiones más obvias sobre las generaciones —entre los 15 y los 29 años— que hoy engrosan filas a la espera de un puesto de trabajo. Hemos intentado describir algunos rasgos, que estimamos no ser únicamente propios de "la edad juvenil", sino que preanuncian una nueva cultura. Nuestra intención no fue la de emitir juicios, sino la de perfilar situaciones y sacar a luz factores, sobre los que más tarde sea posible una valoración ética —no sobre los jóvenes, sino sobre nuestra propia sociedad—. Toda crisis cierra puertas, pero abre también perspectivas emergentes. Y en este contexto de búsqueda de nuevas identidades sociales, querríamos formular una pregunta: ¿era tan deseable este programa de identidad del consumidor/productor cerrado sobre sí mismo, que hoy se aleja del horizonte con el adiós al pleno empleo productivo?